

¿Qué Rusia, veinte años después?

Which Russia, twenty years later?

Carmen Claudín

Investigadora Senior. Directora de Investigación, CIDOB
cclaudin@cidob.org

RESUMEN

Rusia se enorgullece de su posición entre las potencias emergentes, de la poderosa palanca que le ofrecen sus amplios recursos energéticos y su potencial nuclear para influir en el mundo y ser siempre tomada en cuenta. Sin embargo, crece la percepción dentro del país que la estagnación se ha convertido en la característica dominante de la etapa actual. Averiguar cómo se ha llegado a esta situación es el objeto de este artículo que repasará la evolución seguida por los procesos internos de Rusia en sus dos periodos más definitorios, el liderazgo de Yeltsin y el de Putin, desarrollado éste bajo otras formas por la efímera presidencia de Medvédev. Durante los ocho años de mandato de Borís Yeltsin, el estado de crisis, latente o abierta, acaba convirtiéndose en la forma de ser del proceso político en Rusia. Con la llegada de Putin, en cambio, la estabilidad y el control del Estado se imponen, al calor de un crecimiento económico, y se convierten en un valor en sí mismo, lejos del discurso democratizador de los primeros años.

Palabras clave: Rusia, transición, política, democratización, Putin, sociedad

ABSTRACT

Russia is proud of its position among the emerging powers, of the strength provided by its ample energetic resources and its nuclear potential with which it can influence the world and always be taken into account. Nevertheless, the perception within the country is that stagnation has become Russia's dominant characteristic at present. The objective of this article is to explore how this situation came about, analysing the evolution of domestic processes in Russia during both of its most defining periods: Yeltsin and Putin's leadership, since the ephemeral presidency of Medvedev proved to be basically a continuation of the latter. During the eight years of Boris Yeltsin's tenure, the state of crisis, latent or open, developed into the way that political processes are carried out in Russia. With Putin's arrival, however, stability and State control are imposed, against the backdrop of economic growth, and they become values in themselves, far from the democratic discourse of the first years.

Keywords: Russia, transition, politics, democratization, Putin, society

Rusia se enorgullece de su posición entre las potencias emergentes, los BRIC (Brasil, Rusia, India, China), de la poderosa palanca que le ofrecen sus amplios recursos energéticos y su potencial nuclear para influir en el mundo y ser siempre tenida en cuenta. Sin embargo, a finales de febrero 2011, un grupo representativo de un amplio espectro político –compuesto de intelectuales, analistas políticos, empresarios y periodistas, incluida gente cercana al poder– mandan al presidente Dmitri Medvédev una carta abierta en la que piden un cambio profundo –si es que ya no es demasiado tarde– del curso seguido por Rusia: “la injusticia, la corrupción y la mentira han llevado al país al aislamiento moral” (OdRussia, 2011). Averiguar cómo se ha llegado a esta situación es el objeto de este artículo, que repasará la evolución seguida por la situación interna de Rusia en sus dos periodos más definitorios, el liderazgo de Borís Yeltsin y el de Vladímir Putin, desarrollado éste último bajo otras formas por la efímera presidencia de Medvédev.

La transición rusa –al contrario de la española o la polaca, por ejemplo– no ha contado con un verdadero consenso de la clase política y las élites del país respecto a un objetivo estratégico común y a las reglas del juego para alcanzarlo. Durante los ocho años de mandato de Borís Yeltsin, el estado de crisis, latente o abierta, acaba convirtiéndose en la forma de ser del proceso político en Rusia. Con la llegada de Putin, en cambio, la estabilidad y el control del Estado se imponen, al calor de un crecimiento económico, y se convierten en un valor en sí mismo, lejos del discurso democratizador de los primeros años.

LA RUSIA DE YELTSIN: CAMBIOS PROFUNDOS SIN REFORMA DEMOCRÁTICA REAL

La disolución de la URSS y la caída en picado del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) hacen desaparecer el eje vertebrador que había representado la lucha común contra el sistema soviético. El campo de los reformadores, ya heterogéneo y unido sólo tácticamente durante la perestroika, se disgrega en una constelación de fuerzas que, durante años, irán agrupándose, desagrupándose y reagrupándose en alianzas a veces insólitas. Dentro de un mismo partido o una misma institución, cuando no en una misma persona, cohabitan posiciones y comportamientos que, según la cuestión considerada, los sitúan en uno u otro campo del abanico político. Hasta 1993, la arena política estará dominada por la lucha entre el Ejecutivo y el Legislativo. A partir de ahí, la primera guerra de Chechenia (1994-1996), las relaciones centro-periferia y la inestabilidad gubernamental presiden la evolución interna hasta la llegada de Vladímir Putin al poder.

La lucha institucional (Ejecutivo/Legislativo): legitimidad versus legalidad

En el marco de un sistema político marcado por la indefinición, el Parlamento (Duma) se convierte rápidamente en el campo de batalla de partidos políticos sin verdaderas bases sociales, más guiados por antagonismos políticos y personales que por una genuina preocupación por el interés general, algo que la gran incultura democrática heredada del pasado soviético no podía haberles transmitido. Enfrente, el único Gobierno claramente reformista, liderado por Yégor Gaidar, dura apenas un año bajo la presión de acusaciones bastante orientadas en una misma dirección: olvidarse del papel del Estado, vender el país al capital extranjero o adoptar fórmulas miméticas con Occidente. El hecho de que, durante los tres primeros años, el país conoce, entre otros, a cinco ministros de finanzas, tres gobernadores del Banco Central y seis cambios de Gobierno, pone de manifiesto el estrecho margen de maniobra con que contó el Ejecutivo más democrático de la historia de la nueva Rusia. La gobernabilidad del país queda supeditada a la pugna entre Ejecutivo y Legislativo, que se van neutralizando uno a otro. Esta dualidad de poder afecta profundamente el proceso de toma de decisiones y la capacidad de aplicación de las mismas. En un contexto de total libertad de prensa, los dos ejes alrededor de los cuales se articula el debate político son las reformas económicas —que Gaidar no tuvo tiempo material de aplicar plenamente— y la política exterior —en particular, frente al “exterior cercano”, término con el que se designó en Rusia a los estados vecinos ex soviéticos, así como respecto a las importantísimas minorías rusas que siguen en estos. El desmembramiento de la URSS es, significativamente, el tema más polémico de la escena política rusa en los primeros años tras la independencia. En relación con esta cuestión recurrente se construyen desde un principio todos los enfoques y las principales tendencias políticas. Esta cuestión polariza los debates y constituye la base de la alianza antiliberal en la Duma.

El 21 de septiembre de 1993, aún bajo la Constitución vigente que no le otorga ese derecho, Yeltsin disuelve por decreto el Legislativo, compuesto del Sóviet Supremo y el Congreso de los Diputados del Pueblo, designados aún por su nombre soviético. Ese Legislativo sigue siendo el que nace de las urnas en marzo de 1989 cuando los partidos políticos no habían sido aún legalizados, ya que seguía vigente el famoso artículo 6 de la Constitución, relativo al monopolio del poder por el PCUS. Por su lado, el entorno de Borís Yeltsin argumenta que este detenta la legitimidad, ya que había salido elegido presidente de la Federación Rusa por sufragio universal el 12 junio de 1991, en las primeras elecciones totalmente democráticas al final de la perestroika, y que la población le había renovado la confianza en el referéndum de abril de 1993. La Duma declara nulo el decreto y proclama presidente en funciones al vicepresidente, Alexandr Rutskoi, antiguo aliado de Yeltsin. La resistencia de un nutrido núcleo de diputados que se atrincheró en la Casa Blanca (como se llamaba el edificio del Parlamento) abre un periodo de

enfrentamientos en las calles de Moscú hasta el 4 de octubre, cuando Yeltsin ordena a las tropas el asalto al edificio y el arresto de los líderes de los diputados encerrados. Este final sangriento, que se salda con entre 200 y 500 víctimas mortales, según las estimaciones (“una mini guerra civil, de hecho” [Latsis, 1999]), ha marcado profundamente el desarrollo posterior de la evolución interna del país y el contexto en el cual es adoptada la nueva Constitución.

Nueva Constitución y descentralización de la estructura del Estado

Para reforzar su maltrecha posición, en particular tras la crisis de octubre, el equipo de Yeltsin se vuelca en reforzar los flancos más débiles: el marco constitucional y las relaciones centro-periferia. Las regiones –nombre genérico que se da a las entidades federadas– se habían convertido en un verdadero contrapeso al poder central, sobre todo aquéllas de mayor importancia por sus recursos naturales (como el óblast de Tiúmen en Siberia occidental o la república de Saja-Yakutia en el Lejano Oriente) o por la relevancia de su población musulmana (como las repúblicas de Tatarstán en el Volga o de Bashkortostán en los Urales). A pesar de los intentos de Moscú por recobrar cierto control sobre las regiones a través de una serie de leyes, el papel regulador y redistributivo del Estado central estaba en crisis. El Consejo de la Federación funcionaba fundamentalmente como un instrumento de lobby regional y sacaba su fuerza de su legitimidad salida de las urnas. Las regiones, además, reproducen en gran parte la misma pugna institucional Legislativo/Ejecutivo que en el centro pero, sobre todo, se benefician de las luchas en la capital que las convierten en los verdaderos centros de poder. Esta situación hace que, de hecho, el período de Yeltsin acabase siendo el de mayor descentralización real de toda la historia soviética y postsoviética.

Entre tanto, el 12 de diciembre de 1993, se desarrollan las primeras elecciones generales multipartidistas de Rusia –en las que comunistas y nacionalistas consiguen una representación importante en la nueva Duma– y un referéndum constitucional sobre un texto redactado a medida del presidente. La nueva Constitución pone fin al período regido por la Ley fundamental de 1978, que había sido creada y aprobada para la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) y que había sufrido varias modificaciones durante la perestroika de Mijaíl Gorbachov. El tercer capítulo de la nueva Constitución, que describe las relaciones entre el centro y la periferia, establece que un acuerdo mutuo, en forma de ley federal constitucional, entre la Federación y uno de sus sujetos puede modificar el estatuto de este en el marco federal. Esta posibilidad ha dado pie a lo que se ha calificado de “federalismo asimétrico y diferencial”, ya que se ha traducido en la multiplicación de pactos bilaterales al caso por caso (“acuerdos de delimitación de competencias”, también llamados “tratados”) entre el centro y los

sujetos. La única región, en este caso república, que sigue sin reconocerse como sujeto de la Federación es Chechenia.

Desde el inicio de la independencia, se habían multiplicado los pronósticos sobre una inminente desintegración de la Federación Rusa a la imagen de la extinta Unión Soviética. Pero, si bien “la singularidad y el bilateralismo se han convertido en la regla a la hora de distribuir de modo desigual las competencias” (Aguilera de Prat, 2000), la evolución de las relaciones centro-periferia ha ido construyendo una dinámica federalista muy peculiar, ciertamente, pero que ha llevado más a una recomposición de las relaciones de poder a favor de las regiones que a la desmembración del Estado federal. Desde este punto de vista, y a pesar de algunas veleidades secesionistas de Tatarstán y Bashkortostán, Chechenia –incluso antes de la intervención militar–, no ha sentado precedente.

Una estable inestabilidad: Chechenia, crisis financiera y debilidad política

A partir de 1994, se inicia un giro conservador con resabios nacionalistas que intenta compensar en otros ámbitos las dificultades de una política económica errática y de un equilibrio de poder poco favorable al presidente, que busca diversas maneras de consolidar su imagen interna.

El abandono de la vía política a favor de la reconquista militar de Chechenia, a mediados de 1994, es una de las opciones que ilustran este nuevo enfoque y una decisión que condicionará por largo tiempo el futuro del país. La intervención armada en la rebelde pero, hasta entonces, aislada Chechenia no resulta ser el paseo militar que habían prometido los generales a Yeltsin, y debilita a los partidarios de la negociación política. Sin embargo, el descubrimiento de nuevos e importantes yacimientos de hidrocarburos en el mar Caspio se convierte en un argumento adicional que acaba reforzando el campo de la guerra. Como era de esperar, la primera guerra de Chechenia (véase el artículo de F. Serra en esta edición) trae consigo para Rusia una condena y un aislamiento internacionales que no se ven claramente compensados por un cierre de filas entorno a la figura del presidente. La campaña militar es un desastre, los 21 meses de guerra se saldan con un altísimo balance de víctimas y, para colmo, el acuerdo de paz que Rusia y Chechenia firman finalmente el 12 de mayo de 1997 deja sin resolver la cuestión de las relaciones constitucionales entre ambas entidades, cuya resolución queda aplazada para finales del 2001.

Por su parte, sobre fondo de huelga minera y agravada por los costes de la campaña militar contra Chechenia, la situación económica empeora y desemboca en una grave crisis que, el 17 de agosto de 1998, obliga al Gobierno a devaluar el rublo por segunda vez, tras el llamado “martes negro” del 11 de octubre de 1994. Uno de los principales problemas que se produce es que el Estado ruso, a pesar de las reformas introducidas, sigue

intentando actuar como proveedor universal, en particular para mantener un nivel de satisfacción social que le sea favorable. Por otro lado, la búsqueda del compromiso, necesario en una actuación política responsable, se reduce al puro reparto de cuotas de poder y de beneficios materiales. A ello hay que añadir, además, los problemas de salud y alcoholismo de Borís Yeltsin, que no contribuyen, por supuesto, a cambiar la percepción de un jefe de Estado débil e impredecible, que ha perdido toda visión estratégica para un inmenso país con ingentes problemas. En apenas un año, entre 1998 y 1999, el presidente cambia hasta cinco veces de primer ministro, el último de los cuales es Vladímir Putin, un ex agente del KGB en cuya carrera destaca el haber trabajado para el conocido alcalde demócrata de San Petersburgo, Anatoli Sobchak. El 31 de diciembre de 1999, Borís Yeltsin acaba cediendo a las presiones de su entorno, dimite oficialmente por razones de salud y nombra a Putin como su sucesor.

El balance de la era Yeltsin despierta poco aprecio por parte de la población rusa, exhausta, por un lado, por los cambios económicos, el sentimiento generalizado de incertidumbre, la constante confrontación de la vida política y el aumento de la criminalidad; por el otro, por el hecho de que siga intacta la otra gran lacra endémica de la sociedad, la corrupción. De este modo, Vladímir Putin, al calor de la segunda guerra de Chechenia, iniciada con él como primer ministro, se encuentra con un terreno abonado para ser aceptado como la personalidad fuerte que la situación requería; como la figura capaz de satisfacer las ansias de estabilidad de una población que se ha formado históricamente en una cultura que concede más valor al orden que al derecho. Los dos principales logros de la era Yeltsin –libertad de expresión y descentralización del Estado– son, precisamente, los primeros en quedar más afectados por la entrada en acción de Putin.

PUTIN: CONTROL Y LEGITIMIDAD A MEDIDA

La preocupación inicial del nuevo presidente de Rusia es restablecer el orden tras el caótico final del período de Yeltsin. Respondiendo a las expectativas de la población, las primeras iniciativas de Putin van encaminadas a retomar el control del aparato del Estado y a restablecer la gobernabilidad del país, imponiendo lo que él mismo denomina como la “vertical del poder”; este será siempre el instrumento privilegiado del presidente para asegurar la gobernabilidad del país. El hecho de convertir a Rusia en un actor central del orden internacional es la otra premisa de Putin para que el país recupere un orgullo colectivo y el respeto del mundo. Aprovechando la existencia de un Parlamento infinitamente más dócil, el primer mandato de Putin se concentra, en el ámbito interno,

en tres cuestiones clave: las relaciones centro-periferia, la libertad de prensa y la segunda guerra de Chechenia. Una vez bien asentadas las bases de su poder, el segundo mandato de Putin consiste, sobre todo, en administrar lo conseguido y se caracteriza por la aparición del concepto de “democracia soberana” que Iván Krastev (2008) ha definido como “la manifestación de la búsqueda de ideología”.

Relaciones centro-periferia reordenadas

Vladímir Putin acomete esta tarea incluso antes de su toma de posesión formal del cargo de presidente de la Federación Rusa, en mayo de 2000. Tras una década del llamado “federalismo asimétrico”, la autoridad del Estado central se encuentra en una posición de gran debilidad, a pesar del fuerte presidencialismo del sistema ruso; la razón de ello es que, en la práctica, la correlación de fuerzas supeditaba el margen de decisión y actuación del presidente tanto al Legislativo como al poder de los principales sujetos de la Federación.

En este sentido, Putin no toca la Constitución, pero consigue que se rebaje el estatus y el poder de las élites regionales a través de disposiciones, adoptadas en la primera vuelta por la Duma en mayo y septiembre de 2000, que prevén la creación de siete distritos federales y el recorte del rango y competencias de las autoridades regionales. Hasta entonces, los enviados presidenciales carecían de poder de decisión real frente a la Administración regional, y cumplían esencialmente un papel de correa de transmisión con el presidente. Se procede, pues, a la creación de siete distritos —que engloban, pero no anulan, a las entidades federales y se solapan con las regiones militares— y al nombramiento de siete supergobernadores, que supervisan el cumplimiento de las leyes federales por parte de las autoridades regionales, responden directamente ante el presidente y forman parte del Consejo de Seguridad.

En julio de 2000, la composición del Consejo de la Federación se ve profundamente modificada: las autoridades regionales ya sólo pueden nombrar a unos representantes en el Consejo de la Federación y ellas mismas pasan a integrar un Consejo de Estado con competencias puramente consultivas. Por consiguiente, gobernadores y presidentes de repúblicas federadas, aun conservando un peso importante en sus regiones, pierden toda capacidad de incidir directamente sobre la política del centro. La reforma, además, otorga al presidente federal el derecho a cesar antes del final de su mandato a aquellos gobernadores que la fiscalía general acuse de actuación delictiva, una perspectiva que enfría las veleidades de plantar cara de cualquiera de ellos. En muy poco tiempo, el Consejo de la Federación deja de ser un contrapeso real al Gobierno central; con ello, desaparece la otra fuente de legitimidad salida de las urnas con que contaba la estructura institucional del Estado ruso.

Medios de comunicación y oligarcas en vereda

Doblegadas las regiones, el presidente Putin concentra su atención en los grandes medios de comunicación privados, en particular los canales de televisión de cobertura federal (véase el artículo de M. Vázquez de esta edición). La “Doctrina de seguridad en la información” de septiembre de 2000 (Doctrine, 2000), reconoce el derecho a la libertad de expresión y de información, pero enumera en detalle una serie de peligros para el interés nacional, en particular, la circulación de información “falsa” relativa a la política rusa y a las actividades de los órganos dirigentes, así como respecto a acontecimientos dentro y fuera de Rusia. No cabe duda de que la información sobre la guerra y la situación en Chechenia están, muy en particular, en el punto de mira de estas disposiciones. Además, meter en vereda a los medios de comunicación permite a Putin hacer doblete, ya que ello significa atacar a dos de los dos principales oligarcas dueños de imperios mediáticos, Borís Berezovski y Vladímir Gusinski. La ofensiva es presentada por el poder como la acción independiente de la Justicia o como una pura operación comercial, exclusivamente sujeta a la lógica de las leyes del mercado. Asegurada esta primera etapa, la Justicia rusa emprende, en octubre de 2003, la operación de mayor envergadura contra la más potente de las empresas privadas, esto es, contra Yukos. Su dueño, el magnate Mijaíl Jodorkovski, considerado entonces el hombre más rico de Rusia, había decidido lanzarse a la política, financiando a algunos partidos, en particular el liberal Yabloko, y empezaba a plantearse cómo podían los empresarios contribuir al desarrollo de su país (Bonet, 2003). Jodorkovski sigue aún en la cárcel después de que ninguno de sus procesos haya respondido a los estándares mínimos de un sistema judicial homologable internacionalmente.

Dado que el modo de privatización de la propiedad estatal en los años noventa fue siempre objeto de rechazo por un amplio sector de la población, Putin sabe que esta acogerá con bastante simpatía –como se ha comprobado– lo que se presenta como una lucha contra los odiados oligarcas y no prestará mayor atención a la raíz políticamente motivada de la operación (los demás magnates, en efecto, no han amasado sus fortunas de manera menos sospechosa). Y, mientras tanto, el presidente está enviando un mensaje inequívoco al resto de los grandes empresarios que pudieran verse tentados, como Jodorkovski, por ambiciones políticas. Para cerrar el tema, en una reunión con los principales empresarios de Rusia (*Moscow Times*, 2003), Putin expone las reglas del juego: el poder garantiza derechos de propiedad y reformas económicas, en contrapartida, ellos no traspasan la frontera entre empresa y política.

Así, a partir de 2003, y aunque algún medio independiente consigue subsistir, todos los canales de televisión de audiencia federal (que representan la fuente de información de la gran mayoría de la población del país) pasan bajo el control directo o indirecto del Estado. Como sentenció Serguéi Yastrzhembski, un destacado consejero del presidente en esa época, refiriéndose a los años noventa, “se había acabado la orgía de la libertad de palabra” (Belin, 2003).

Elecciones y Chechenia

En marzo de 2000 y, posteriormente, en marzo 2004, Vladímir Putin gana las elecciones presidenciales con amplía mayoría, como todo el mundo esperaba. Su gran baza electoral descansa sobre un nivel muy alto de satisfacción de la población: por un lado, esta ha conseguido la estabilidad tan anhelada y, por el otro, empieza a beneficiarse de una mejora del nivel de vida gracias al despunte de crecimiento económico que genera la exportación de crudo. En un contexto general que se caracteriza, desde principios de los noventa, por la escasa relevancia de los partidos y la alta personalización de la política, Putin no encuentra ningún obstáculo para fabricar a su medida la *pluralidad* de partidos que necesita para legitimar su poder. Tras expresar a menudo su preocupación por la ausencia de un verdadero sistema de partidos en Rusia, el presidente pone en marcha una operación de ingeniería política a fin de dotar artificialmente al escenario político del abanico de opciones que requiere un país del estatus de Rusia.

Además de ayudar a la formación de partidos más modestos, con una posición ya adjudicada (como Ródina –posteriormente, Rusia Justa– a la izquierda), el poder fomenta la fusión de varios partidos menores para crear Rusia Unida (*Yedinaya Rossiya*), llamada a ser el gran partido del poder y a representar el centro del abanico político, que viene a completar las dos únicas fuerzas que desde 1993 representan opciones reales de los ciudadanos, es decir, el Partido Comunista de Rusia, sucesor del PCUS, y el Partido Liberal Democrático, del populista y xenófobo Vladímir Zhirinovski. Así, las elecciones generales de diciembre 2003 y diciembre 2007 dan una amplia mayoría de escaños al partido del poder, Rusia Unida, que detenta la mayoría de dos tercios necesaria para poder modificar la Constitución. Mientras, los liberales reformistas, asociados en la mente de la gran mayoría de la población con las penalidades y la inestabilidad de los años noventa, al no conseguir franquear la barrera del 5%, quedan barridos de la escena política.

En este trasfondo de apaciguamiento de la vida pública, la guerra de Chechenia –que fue la primera fuente de popularidad de Putin– es, de hecho, la única nota discordante. Durante el año 2003, Moscú organiza en Chechenia un referéndum y unas elecciones, en marzo y en octubre, respectivamente, que le permiten argumentar la vuelta a la normalidad en la república rebelde, así como presentar la guerra como una operación antiterrorista, cuya finalización se proclama por fin oficialmente en abril 2009. El único problema de talla que persiste para el poder son los actos terroristas que, desde 1999, se multiplican en suelo ruso; entre ellos destacan, por su crueldad y número de víctimas mortales, los asaltos al teatro Dubrovka, en octubre de 2002, y a la escuela de Beslán, en septiembre de 2004. Aprovechando la matanza en este último, y argumentando que frente al terrorismo se necesita un Gobierno federal fuerte, Putin

consigue de la Duma el respaldo a una reforma electoral de gran calado: supresión de las elecciones directas a gobernador en las regiones y cambio del sistema electoral para las legislativas, a saber, escrutinio proporcional, sobre listas de partido, con una barrera del 7% para acceder a la Cámara (frente al sistema mixto anterior –mitad proporcional, mitad mayoritario uninominal–, con una barrera del 5%).

Bien asentada la maquinaria del poder, sólo falta al régimen la elaboración un discurso dominante que fije la manera cómo Rusia debe verse a sí misma y al mundo.

“Democracia soberana”, el método Putin

Las ideas básicas del discurso dominante de Putin vienen formuladas, en febrero de 2006, por el influyente vicejefe de la Administración presidencial, Vladislav Surkov (2006), ante una asamblea de cuadros de Rusia Unida. Su discurso intitulado “La soberanía es sinónimo de competitividad política”, que pretende trazar los puntos fuertes del trabajo ideológico del partido, anuncia la entronización del concepto de “democracia soberana”. Este concepto, ampliado posteriormente por un dirigente de Rusia Unida, Andrey Isáyev, defiende que la soberanía radica en las instituciones que pertenecen al pueblo de Rusia, haciéndose eco de la idea a menudo defendida por Putin de que sólo la nación rusa puede decidir adónde y cómo quiere avanzar. En el camino de la soberanía, en el que el control del Estado es la clave del éxito, los retos son el terrorismo y la confrontación militar, una economía no competitiva, así como las interferencias extranjeras en los procesos internos, como habría sido el caso de las llamadas revoluciones de color (Ucrania, Georgia o Kirguizistán). En un artículo posterior, Surkov añade la idea de que la democracia soberana significa “justicia para todos en Rusia y para Rusia en el mundo”.

Al contrario de su predecesor, Vladímir Putin tiene indudablemente una visión de Estado. Además llega al poder en condiciones mucho más favorables que Yeltsin para llevar a cabo sus ideas: detenta el control social y político a través del aparato del Estado, como instrumento este para asegurar la estabilidad y el crecimiento económicos en el marco de unos niveles básicos de libertades públicas. Como se apunta acertadamente en un artículo del *Financial Times* (Buckley 2006), una traducción libre de democracia soberana sería esta: “lo haremos a nuestra manera”. Por ello, sin duda, al término de dos mandatos sucesivos, Putin decide hacer lo que Yeltsin hizo en su propio caso, esto es, designar a un sucesor, escogido para garantizar tanto el mantenimiento del régimen que él mismo ha creado como la permanencia de su persona en el poder con las funciones de primer ministro.

EL INTERREGNO MEDVÉDEV: LA MODERNIZACIÓN POR ARRIBA

El designado sucesor, Dmitri Medvédev, gana sin dificultad y sin sorpresa las elecciones de marzo de 2008. El anuncio de una dirección bicéfala, al menos formalmente, y la clara voluntad de Medvédev de presentar al público, dentro y fuera del país, una cara más liberal e innovadora abren un debate –que dura los cuatro años de su mandato– acerca de si realmente el nuevo presidente tendrá la voluntad y la capacidad de sentar las bases de una apertura democratizadora. La otra incógnita es dilucidar si, a pesar de las apariencias formales, el primer ministro Putin será quien, de hecho, seguirá llevando el timón, otorgando al presidente sólo aquellos márgenes de maniobra que él mismo permita.

El período Medvédev se desarrolla bajo el concepto/bandera de modernización. La *modernizatsia*, que se convierte en el eje definitorio de sus actuaciones, identifica una serie de problemas acuciantes como objeto principal de su actuación: modernización de la actividad económica –liberándola de la dependencia de la explotación de materias primas y fomentando tecnologías punta–, lucha contra la corrupción –que se ha multiplicado por diez desde 2000 (INDEM, 2010)–, reforma de la Administración del Estado y toma en consideración de la sociedad civil.

Medvédev apoya la creación de un think tank, Instituto de Desarrollo Contemporáneo (INSOR), que adquiere rápidamente prestigio por el rigor e independencia de los análisis producidos. Pero, precisamente, los expertos del INSOR identifican con toda claridad el ámbito de lo político como principal freno de una modernización real. No puede aparecer y tener posibilidades de éxito ningún programa de modernización que pretenda limitarse a reformar el modelo económico sin tocar el marco político e institucional. Por esta misma razón, por ejemplo, los cambios que Medvédev consigue introducir en la legislación para endurecer la lucha anticorrupción o para mejorar el funcionamiento de las fuerzas del orden público no producen cambios significativos ni en uno ni otro caso. De la misma manera, las esperanzas depositadas en Medvédev de que este fuera capaz de intervenir positivamente en el caso Jodorkovski se esfuman rápidamente. Claramente, en este caso como en otros, el presidente no se atreve a cruzar la línea roja trazada por su primer ministro.

En septiembre de 2011, Putin y Medvédev anuncian que, al finalizar el mandato de este último, procederán a intercambiar sus funciones y que esta decisión ya estaba acordada desde un principio. De este modo, el presidente ruso que había empezado como una incógnita, y también para bastante gente como una esperanza, resultó ser

una farsa, hundido en el desprestigio nacional e internacional. Y, lo que es peor, todos los problemas estructurales de Rusia siguen en pie, sin ninguna reforma de calado. La política de reforma por arriba –si es que, efectivamente, en algún momento ha habido voluntad de reforma– ha mostrado claramente sus estrechos límites. Pero el país y la sociedad han ido cambiando, y las sociedades no siempre esperan pasivamente a que sus dirigentes se decidan.

EN CONCLUSIÓN, MUCHO CAMINO POR RECORRER

Veinte años después, en Rusia se han producido cambios profundos a la vez que perviven, casi intocadas, características del caduco sistema soviético y su mentalidad. No es cierto que estos cambios son sólo de superficie y que, como algunos arguyen, todo sigue igual. En una entrevista realizada con motivo del censo de población llevado a cabo en Rusia en octubre 2002 –el primero tras la disolución de la URSS–, una mujer de mediana edad, madre de dos hijos, explica: “en los últimos trece años, mi vida ha dado un vuelco completo y me siento como si viviera en otro planeta. Y, sin embargo, lo que enseñará este cuestionario es que continúo en un trabajo similar, sigo casada, con una posición social análoga, y viviendo exactamente en la misma dirección que cuando participé en el último censo [en 1989]” (*The Christian Science Monitor* [17.10.02]). Para esta mujer, como para millones más en Rusia, la interacción entre ruptura y continuidad seguirá produciéndose por mucho tiempo aún.

Una de la principales debilidades de Rusia radica, precisamente, en lo que es aparentemente su fuerza: la concentración del poder, político y económico, en manos del Estado y, en última instancia, en manos de una sola persona. El mandato de Putin ha generado una *desinstitucionalización* del sistema que acabará fragilizando la capacidad del país para actuar en el complejo entramado de la globalización. Mientras se mantenga la ausencia de control político de la sociedad en los asuntos públicos y su falta de capacidad de sancionar a los dirigentes en las urnas, Rusia no será fuerte.

El país se ha abierto al exterior, la vida cultural y artística está en plena ebullición, y la clase media está creciendo. A medida que pase el tiempo, como han demostrado las inéditas protestas en las calles de varias ciudades rusas en diciembre de 2011, el nivel de exigencia frente al dirigismo político irá en aumento, no en disminución. La nueva generación quiere más, no menos.

Referencias bibliográficas

- AIGUILERA DE PRAT, C. "Asimetría federal y relaciones bilaterales centro-periferia en Rusia". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, n.º 51-52 (2000), p. 7-24.
- BELIN, L. "2002: A Quietly Bad Year for the Russian Media". *Russian Political Weekly*, vol. 3, n.º 2 (11 January, 2003), RFE-RL.
<http://www.rferl.org/rpw/2003/01/2-110103.html>
- BONET, P. "Mijaíl Jodorkovski, mucho más que un millonario", *El País* (02.11.03).
- BUCKLEY, N. "A newly assertive Russia reimagines its role in the world", *The Financial Times* (5 July, 2006).
<http://www.ft.com/intl/cms/s/0/453392a8-0bc3-11db-b97f-0000779e2340.html#axzz1h8GY6ljY>
- Doctrine of the Information Security of the Russian Federation . Approved by the President of the Russian Federation Vladimir Putin, 9 September 2000, No. Pr-1895.
http://www.medialaw.ru/e_pages/laws/project/d2-4.htm
- INDEM *Everyday Corruption in Russia: 2010* (2010)
<http://www.indem.ru/en/Projects/EverydayCorru2010.htm>
- KRASTEV, I. *Taking Sovereign Democracy Seriously* (2008)
<http://www.cls-sofia.org/en/projects/europe-and-the-world-19/russia-and-the-post-soviet-space-21/kremlin-s-democracy-pro-and-contra-76.html>
- LATSIS, O. "Rusia: de crisis en crisis", *Anuario Internacional CIDOB 1998* (1999). Barcelona: Fundación CIDOB.
http://www.cidob.org/es/publicaciones/anuarios/anuario_internacional_cidob/anuario_internacional_cidob_1998_edicion_1999_la_federacion_rusa_perfil_de_un_pais
- LEVADA CENTER. "Коррупция в стране (*Korrupsiya v strane/ La corrupción en el país*) en ruso. Encuesta de opinión realizada por el Centro Levada, reconocido como el más independiente del país, 2011.
<http://www.levada.ru/08-06-2011/korrupsiya-v-strane>
- Moscow Times*. "Oligarchs Bow to Putin's New Deal" (17.11.03)
<http://www.themoscowtimes.com/news/article/oligarchs-bow-to-putins-new-deal/234625.html>
- OdRussia. "Russia cannot go on like this", *openDemocracy* (21 February 2011)
<http://www.opendemocracy.net/od-russia/document/russia-cannot-go-on-like-this%E2%80%9D>
- SURKOV V. *Nacionalizaciya buduschego* (El porvenir nacional) (2006), en ruso.
http://expert.ru/expert/2006/43/nacionalizaciya_buduschego/